

VIVAT ACADEMIA

Discurso pronunciado en ocasión de la investidura como Profesor Emérito de la Universidad Simón Bolívar

Prólogo

Sparsos congregavit

Todo comienzo es difícil, y decidir cómo empezar estas palabras no ha sido la excepción. Mi primera idea fue, en vista del honor que constituye este reconocimiento, cumbre y cúspide de mi carrera académica, equipararlo en valía y significación con un galardón tan magno como el premio *Nobel*. Percibí sin embargo que las semejanzas venían acompañadas de algunas discrepancias. Está por ejemplo el nada trivial detalle del cheque que acompaña al premio de marras, pero eso ni lo voy a mencionar siquiera. En todo caso, el principal factor de divergencia es que, como practicante confeso e irredento de los oscuros ritos de la termodinámica, estoy plenamente consciente de que han sido muy contados, contadísimos, los adeptos de nuestra secta que han merecido el espaldarazo de Estocolmo. Mi héroe personal sigue siendo el primero, Johannes Diderik Van der Waals, galardonado en 1910 por su desarrollo pionero de la ecuación de estado de los gases y líquidos con base en argumentos moleculares. En su discurso, Van der Waals reconoció hidalgamente las insuficiencias de su trabajo, llegando a decir que le obsesionaban y le perseguían hasta en sueños. Hoy en día, cualquier estudiante que haya aprobado nuestros cursos de termodinámica, incluso de pregrado, debe ser capaz de explicar las limitaciones de la ecuación de Van der Waals y emplear con soltura las formulaciones modernas que la han reemplazado, construidas eso sí sobre las bases que Van der Waals sentó. Nosotros mismos, en nuestro grupo de investigación aquí en la Universidad, nos hemos aventurado a hacer aportes y hasta proponer y abrir líneas innovadoras en este campo. Pero es trabajo de hormiguitas, y nuestra cofradía rara vez sacude el mundo. Nos

basta, para ser felices, que el error de nuestras predicciones resulte unos decimales mejor que el de modelos precedentes.

Y sin embargo, puedo jactarme de que, sin yo serlo, he co-investigado y co-publicado con algunos profesores *noveles*, solo que con *uve*, a quienes incluso he llegado a dirigir y supervisar. A propósito de lo cual, sea con *be* o con *uve*, la condición de *nobel* es siempre aguda, pero nunca grave. Algo así como lo que pasa con la diabetes, que puede ser una enfermedad grave, pero nunca esdrújula.

Descartada en consecuencia mi idea inicial, solo he logrado pergeñar para ofrecerles hoy estas divagaciones, entradas inéditas de un *blog* olvidado, que deambulan desde lo solemne, profundo, tradicional, hasta lo liviano, anecdótico, atípico. Sean ustedes el jurado. Apelo a su benevolencia y comprensión, y me entrego a la clemencia de la corte. Comienza así:

Primera entrada

Vivant professores

Buenos días. Mi nombre es Claudio y soy profesor universitario...

[pausa]

Esta es la parte en que ustedes deberían haber respondido a coro: "Hola, Claudio", como en una reunión de Académicos Anónimos. Porque en los viejos tiempos, confesarnos profesores podía arrancar de nuestro interlocutor un gesto de respeto y admiración, pero últimamente suscita más bien una expresión de condolencia, con sinceros votos por que podamos superar pronto esta aflicción. Cuando digo viejos tiempos, quiero decir realmente viejos, puesto que ya en los inicios del siglo XX el insigne filósofo argentino Enrique Santos Discépolo deploraba la decadencia moral, la pérdida de valores que había llevado a que fuera "lo mismo un burro que un gran profesor".

Mi hipótesis es que buena parte del daño se debe a la influencia de un aforismo que, aunque muchos suponen parte del refranero popular, de hecho es obra del ingenio malévolo de George Bernard Shaw, quien en un anexo a su pieza teatral *Man and Superman*, dice: “He who can, does; he who cannot, teaches”. *Aquel que puede, hace; el que no, enseña*. No es tan obvio que debamos tomar en serio esta afirmación tratándose de Shaw, maestro en el arte de subvertir y escandalizar, quien admitió haber escrito la citada obra para *épater le bourgeois*, dicho así textualmente. A fin de cuentas, se trata del mismo escritor que afirmó, por ejemplo, que “Si a más de diez por ciento de la gente le gusta un cuadro, hay que quemarlo, porque debe de ser malo”, o que “El alcohol es un artículo necesario... Hace llevadera la vida para millones de personas que no podrían soportar su existencia estando completamente sobrios”.

Y sin embargo, el epigrama de Shaw ha contribuido en no poca medida a insertar una brecha entre los que hacen y los que enseñan, entre prácticos y teóricos, entre industria y academia. La presunción de que el hábitat docente sirve de refugio para quienes no son ni serían capaces de *hacer* ha sido fuente de celos y suspicacias, y tal vez por el principio de acción y reacción ha llegado incluso a distorsionar en alguna medida la visión y misión de la propia Universidad, donde la *investigación* y la *creación* miran por sobre el hombro al *desarrollo* y la *asesoría*, a los cuales tienen por impuros y poco intelectuales, como quien ve a un pariente ordinario y, para colmo, medio tonto.

Para combatir fuego con fuego, podríamos seguir el ejemplo del escritor y columnista estadounidense Richard Lederer y oponer a la cita de Shaw una de Lee Iacocca, el famoso ex Presidente de Ford y CEO de Chrysler: “En una sociedad completamente racional, los mejores serían profesores, y el resto tendría que conformarse con algo diferente”. O podríamos voltear de cabeza el dictamen de Shaw, y con igual saña sentenciar que “los que

pueden, enseñan; los que no, hacen”. Pruebas no faltarían. Algún colega he conocido que, procedente de una exitosa trayectoria industrial, ha llegado a la Universidad atraído por la docencia, y ha permanecido aquí solo el tiempo necesario y suficiente para persuadirse (o ser persuadido) de que ciertas limitaciones personales de vocación, pedagogía, trato o conocimientos le hacen prudente renunciar, antes de morir a manos de los estudiantes.

Pero la cuestión no es esta. No se trata de dirimir quién es deficitario con respecto a quién, ni de estigmatizarlo por ello. Se trata de desbancar la *boutade* de Shaw, de reconocerla por el exabrupto que realmente es, y de sustituirla de una vez por todas por una visión armónica del *hacer* y el *enseñar* como acciones complementarias. La suma, la síntesis, la conclusión es que sin los que enseñan, no habrían los que hacen. Y sin la necesidad de hacer, no habría la de enseñar. Esta respuesta a Shaw no tiene igual guiño burlón, pero por lo mismo es más seria y veraz: *El que puede enseñar, enseña. El que puede hacer, hace*. Unos y otros necesitan, para sus respectivas actividades, el único y verdadero requisito, que es el de excelencia, la ética de cumplir óptimamente en el oficio elegido. En la universidad como en la industria, no debería haber sitio ni futuro para el incapaz, el perezoso o el farsante.

Ahora bien, es interesante acotar que el texto de Shaw al cual me he estado refiriendo, apéndice de su libreto teatral, llevaba por profético nombre *Máximas para revolucionarios*. Nunca como en los tiempos que corren, *interesantes* en el sentido de la maldición china, se ha visto más infravalorada, asediada y vilipendiada nuestra labor académica. Una neolengua *orwelliana* ha identificado educación con adoctrinamiento, investigación con diletantismo, extensión con propaganda, remuneración con dádiva. Ruralidad y miseria son ahora nuestras primeras necesidades, porque como ya dijo Mao Zedong en 1927, "sin campesinos pobres no hay

revolución". Otros han caído públicamente en cuenta de lo mismo en días más recientes. De este cambalache habría dicho Santos Discépolo que en el siglo XXI, definitivamente, el burro vale más que tú. Hoy por hoy, podemos conceptuarnos eméritos si tan solo logramos ejercer nuestra vocación docente con dignidad, mística y constancia, sin más retribución que el mendrugo que nos echan, y no hablo únicamente del salario, sino de todo lo que debería constituir la base de nuestro quehacer universitario: infraestructura, bibliotecas, laboratorios, equipos, insumos, mobiliario, comedores, transporte... *Ella* es emérita, *él* es emérito, *ustedes* son eméritos. Esta conjugación verbal carece de primera persona singular.

Lo anterior viene también al caso porque de un tiempo hacia acá parece cobrar fuerza un axioma similar referido a los profesores universitarios, y en alguna medida a todos los profesionales del país: *Los que pueden, se van; el resto, se queda*. Con un subtexto, nada disimulado, de que *poder* es sinónimo de tener los méritos y capacidades. ¡Qué falta de respeto, qué atropello a la razón! ¿Quién puede hablar así por los demás y juzgar tan tajantemente sus acciones y motivos? ¿No cabría suponer, como imaginé hace poco más de cuatro años cuando enterramos la Cápsula del Tiempo en el jardín del Rectorado, que hay quienes han decidido resistir sin desmayar, sin dudar del futuro que es infinito y luminoso, porque la Universidad sigue aquí, y los embates e indignidades a los que pueda estar sometida no hacen sino fortalecer su espíritu y reafirmar sus principios? Y si esto puede sonar incongruente viniendo justamente de un inmigrante, puedo afirmar que yo no llegué a Venezuela desde mi Chile natal huyendo de persecuciones políticas o estrecheces económicas. Vine por cuestiones del corazón, y no quiero decir cardiopatías, salvo que quieran clasificar al amor entre tales dolencias. Amor que me ha mantenido y me mantiene aquí, en este país generoso que me ha dado familia, hogar, sustento, carrera y satisfacciones de tantas índoles. ¿Cómo no estar en deuda y sentir el deber de retribuir en justicia a tantos favores recibidos? ¿Y

cuánto más intensamente no han de sentir quienes nacieron en esta ribera, y atendiendo al llamado de salvar la patria deciden, en vez de escapar, adentrarse en el pantano con la lanza en ristre y el cuatro en el corazón? ¿O acaso dejaremos eso solo para los estudiantes?

Segunda entrada

Vivant studiosi

Mi concepción del *mester* profesoral no es revolucionaria, sino todo lo contrario. La asumí *in illo tempore*, cuando me enamoré de la vida académica siendo estudiante de pregrado, y la consolidé a lo largo de 41 años, 10 meses y 6 días de profesorado, de los cuales 34 años, 9 meses y 6 días han transcurrido en la Universidad Simón Bolívar. Es hasta cierto punto una visión medieval. ¡Qué noble e inspiradora imagen, la de un enjambre de catedráticos ataviados con sus togas ondulantes, surcando orgullosos el *campus* como en Cambridge o en Oxford, donde merecidamente reciben el trato de *don*! Claro, son togas de elegante diseño y fina confección, no estos cilicios concebidos para sobrevivir incólumes los rigores del gélido invierno sueco, pero fenecer sancochados bajo el reverberante sol tropical...

Mi universidad es la *universitas magistrorum et scholarium*, una comunidad, gremio o cofradía de profesores y estudiantes, reconocida y admirada por la calidad de sus integrantes, facultada por ley para el autogobierno y la libertad académica, y guardiana, diseminadora, multiplicadora del conocimiento para beneficio de la sociedad. Debe ser faro, luz, guía, conciencia, bastión y fortaleza ante los embates del oscurantismo, del dogmatismo, del despotismo y de otros ismos. Debe avanzar con los tiempos, mutar y adaptarse a ellos sin perder su identidad ni su razón de ser. Debe ser instrumento de la *evolución* y no de la *involución*, o cualquier otro prefijo que quieran ponerle.

A poco de llegado a Sartenejas, en mi primer trimestre de contrato, recibí una valiosa y perdurable lección. Ocurrió (por supuesto, no podía haber sido de otra forma) cuando dictaba un curso de termodinámica para ingenieros químicos. La clase versaba sobre la conducta común de todos los líquidos y gases, ilustrada en un tradicional diagrama de ingeniería que llamamos la *carta generalizada del factor de compresibilidad*. Finalizada la clase, un alumno se me acercó, fijó en mí una mirada intensa y acusadora, como debe de haber hecho el Comisario del Santo Oficio con Galileo Galilei, y con esa firmeza y autoconfianza que solo se adquieren cuando se está cursando la materia por cuarta vez me espetó, más o menos textualmente: "Tú dijiste que el factor de compresibilidad puede tomar valores mayores que la unidad. ¿Tú estás seguro de lo que estás diciendo?". Tras lo cual procedió a exponer todas las razones teóricas por las cuales consideraba que yo estaba equivocado.

Bueno, sucedió que en realidad yo tenía la razón, y no hacía falta sino mirar el diagrama para comprobarlo. El estudiante olvidaba que las moléculas, tal como las personas, a veces se atraen, pero otras veces se repelen, sobre todo si están sometidas a una gran presión. Pero el punto es que en un primer momento me hizo dudar. *Yo no estaba seguro de lo que estaba diciendo*, y esa es una plataforma muy inestable y frágil sobre la cual pararse a dar una clase, a dictar una conferencia, o a presentar un trabajo en un congreso. Y no se diga enviar un *paper* para publicación; si uno habita al sur del Río Grande, siempre habrá un árbitro suspicaz que le pregunte desde allá más al norte: "¿Está seguro de que sus cálculos están correctos?".

Cuando digo "estar seguro" me refiero, entonces, en primer término al dominio y certeza del tema, del contenido. Los antiguos dijeron que si queremos aprender, debemos enseñar: *Si vis scire, doce*. El significado de esta frase es que cuando nos asalta la arrogancia de enseñar tomamos real

conciencia de nuestra ignorancia, y nos vemos forzados no solo a aprender, sino a verdaderamente *saber*, porque, como decía el estadista y pensador hispanorromano Lucio Anneo Séneca, "para saber algo, no basta con haberlo aprendido". No se puede enseñar lo que se ha aprendido a medias, ni lo que se acaba de aprender. No se puede enseñar si no se sabe más que lo que se enseña, si no se tienen reservas extras de conocimiento, aun en aquellos casos en que aprendemos al mismo tiempo que nuestros estudiantes, como suele suceder no en docencia sino en investigación. Y en eso se convierte nuestra vida, en un venturoso círculo de aprender para enseñar, y enseñar para aprender. También decía Séneca que parte de su gozo en aprender era que le permitía enseñar.

Pero aun hay más. Creo que es menester estar seguro no solo de *qué* se dice, sino de *cómo* se lo dice. Abogo tercamente por la claridad, pulcritud y corrección de expresión. Me produce desazón y dolor ver que incluso en el ámbito académico se cometen atentados flagrantes contra nuestro hermoso idioma. Públicamente he condenado, claro está que sin éxito alguno, el uso de *químico* como sinónimo de sustancia o producto, lo que es lícito en inglés, pero no en castellano, donde el sustantivo *químico* es aplicable solo a las personas de esa profesión. Estoy por lo mismo terminantemente opuesto a que se arrojen los químicos por el sumidero. Casi sin excepción. Para mí, estas transgresiones son tan irritantes como que me toquen a la puerta un 31 de octubre por la noche los rapaces del vecindario, chillando *trick or treat* como si estuviéramos en Pennsylvania, disfrazados de espantos como si hiciera falta y pidiéndome unos dulces que por orden superior no hay en mi casa.

Somos frágiles en el manejo del idioma y débiles en su defensa. Nos parece exagerado rechinar los dientes cuando el informe, el documento o la tesis son una ofensa a la gramática y la ortografía. ¿Qué importa, verdad, mientras las ecuaciones y los cálculos estén correctos? Consideramos

pedante hacer notar que *adolecer* no significa *carecer*, sino *padecer*, o que *diatriba* es un *discurso*, no una *discusión*. Y preparando estas páginas aprendí que *recipiendario* no es quien recibe algo, sino quien "es recibido solemnemente en una corporación para formar parte de ella". Yo que creía ser *recipiendario del* título de profesor emérito, me di cuenta de que soy *recipiendario en* la sociedad de los profesores eméritos.

Tercera entrada

Vivant membrum quodlibet, vivant membra quaelibet

No podría haber llegado hasta este punto del espacio y del tiempo de no ser por la buena voluntad, la confianza, la colaboración y el apoyo de tantas personas a quienes debo expresar mi gratitud.

Agradezco primeramente a las autoridades de la Universidad, por su generosa política de incentivar las postulaciones a esta distinción académica. La evaluación del desempeño es atribución esencial y deber insoslayable de la academia. Si la aplicamos a nuestros estudiantes, es justicia que la hagamos con nosotros mismos. El reconocimiento del mérito es un corolario, una consecuencia natural, cuidando eso sí de no valorar más la etiqueta que el contenido, el título académico por sobre el desempeño. Por ejemplo, en el reconocido *ranking* académico QS de Quacquarelli Symonds Limited, donde la Universidad Simón Bolívar se sitúa este año en el lugar 32 de 300 instituciones de Latinoamérica listadas, las publicaciones de alto impacto valen el doble que el número de profesores con doctorado.

Ahora bien, igualmente importantes deberían ser la denuncia y la sanción del demérito. Tal vez podríamos, se me ocurre, instituir una nueva distinción académica: la de Profesor Emético, que sería conferida por voto universal de la comunidad universitaria, o mejor aun en categorías por sectores, algo así como en los festivales de cine: premio del jurado, premio

de la crítica, premio del público, etc., habida cuenta de que los criterios de evaluación tienden a ser distintos. De hecho, supongo que ya los estudiantes hacen algo de esto en su semana de la carrera. Como sea, estoy ciento por ciento seguro, y no intenten negarlo, de que ya cada uno de ustedes pensó por lo menos en un candidato. Me apresuro por lo tanto a dejar sentado que, siendo yo el signatario de la moción, por razones obvias no puedo ni debo ser nominado.

Agradezco al Consejo Directivo por haber encontrado suficientes razones para otorgarme esta distinción. Muy especialmente agradezco a la profesora Ana Rivas, no solo por abrazar mi causa, sino por su invaluable amistad y la infatigable dedicación y el talento prodigados en la elaboración del documento audiovisual que fue parte de esta ceremonia. Me ilusiona sobremanera que en algún momento futuro me presente a ese fantástico profesor que fue el tema de su documental.

Agradezco a la profesora Julia Guerra y a todos mis compañeros del Departamento de Termodinámica y Fenómenos de Transferencia por haber originado y promovido mi postulación, por su constante y permanente aprecio que retribuyo con creces, y por no dejarme olvidado en mi oficina a la hora de salir a almorzar. Es un privilegio y una rara fortuna pertenecer a un Departamento cuyos integrantes pueden reunirse de vez en cuando a compartir una botella de vino, o de su equivalente argentino, libres del temor de que uno de los presentes haya deslizado algo mortífero dentro de una de las copas para ajustar cuentas con otro de los presentes. Espero no estarles dando malas ideas. Ya dejen de ver *Juego de tronos*...

Agradezco a todos los estudiantes a quienes he enseñado y de quienes he aprendido a lo largo de mi carrera. Los he tenido de un extremo a otro del espectro, y he procurado siempre dar a todos un trato justo y respetuoso. Muy recientemente, en el volumen 53 de la revista *Industrial and*

Engineering Chemistry Research, los autores Andrés Mejía, Carmelo Herdes y Erich Müller publicaron un artículo titulado *Campos de fuerza para simulaciones moleculares de grano grueso a partir de una correlación de estados correspondientes*, en el cual demuestran la factibilidad de tender un puente entre la descripción molecular de los fluidos y su representación mediante modelos fenomenológicos. Es un trabajo impecable desde todo punto de vista: teoría, cálculos, análisis y redacción, y me enorgullece como uesebista porque Carmelo y Erich son graduados nuestros de pregrado y de maestría en ingeniería química; Erich en especial ya es profesor titular en el Imperial College London del Reino Unido. A nivel personal también me envanece, tanto porque los autores corroboran ideas que he venido sosteniendo desde hace tiempo, como porque me hacen el honor de dedicarme la publicación, y traduzco: "Este artículo está dedicado a los 40 años de carrera académica del Prof. Claudio Olivera-Fuentes, pionero en el desarrollo de ecuaciones de estado, cuyas ideas han inspirado la senda de los tres autores". No creo que sea factible aspirar a más que esto en nuestro quehacer académico: ayudar a la creación del conocimiento y a su transmisión a las nuevas generaciones, y recibir su gratitud por nuestro aporte a su formación. Y conste que del artículo de marras entiendo tal vez el ochenta por ciento, no más, porque ese es el objetivo, formar estudiantes capaces de seguir creciendo y aprendiendo, para que a la vuelta del tiempo sepan más que uno, porque así es como se extiende y multiplica el conocimiento, cada nueva generación sobre los hombros de los anteriores, Newton *dixit*. Lo cual, de paso, nos alerta a no arrogarnos más mérito del debido en los eventuales logros de nuestros estudiantes. Y también a la inversa, no sentirnos herederos automáticos de las credenciales de nuestros maestros. Aunque recuerdo haber visto alguna vez el *currículum vitae* de un candidato que, absurdamente, resaltaba como mérito supremo que uno de los *jurados* de su tesis doctoral había sido un premio Nobel.

Epílogo

Gaudeamus igitur

Y así hemos vuelto virtualmente al punto de inicio. Y como

de músico, poeta y loco

todos tenemos un poco

y a mí, que desde joven he tenido lo primero, me ha dado últimamente por lo segundo, voy a terminar de caer en lo tercero finalizando con algo que escribí hace poco y que me parece un cierre apropiado para la ocasión. Pero antes, para situarlos en contexto, quiero invitarles a ver un fragmento de la clásica película de los Cuatro Hermanos Marx titulada *Sopa de ganso* (en inglés, *Duck soup*). Para quienes eso es historia demasiado antigua, los hermanos Groucho, Chico, Harpo y Zeppo Marx pertenecieron a una familia de cómicos estadounidenses que se inició en el vodevil y adquirió fama imperecedera en el cine en blanco y negro entre los años 1920 y 1950. Había de hecho un quinto hermano Marx que esporádicamente actuaba con ellos. No, no era Karl, sino Gummo...

En *Sopa de ganso*, filmada en 1933, Groucho hace el papel de un individuo zumbón y descarado que, sin poseer ningún mérito propio, es impuesto inesperadamente como Presidente del país Freedonia (como ven, la trama no ha perdido vigencia hasta nuestros días). Un país enemigo, seguramente un imperio maligno, envía entonces a dos espías, representados por Chico y Harpo, para robar los planes de defensa de Freedonia ante un posible conflicto bélico. Para infiltrarse en el palacio presidencial, los espías discurren el genial plan de disfrazarse de Groucho, cosa por demás fácil ya que sus dos rasgos sobresalientes son las cejas tupidas y el bigotote. Como no son nada hábiles ni sutiles, los espías hacen tanto ruido que Groucho decide salir a investigar, y ocurre lo que aquí verán:

[Escena de la película *Duck soup*, [http://www.youtube.com/watch?](http://www.youtube.com/watch?v=DWrA3VPwJSA)

[v=DWrA3VPwJSA](http://www.youtube.com/watch?v=DWrA3VPwJSA)]

Divina comedia, imitada pero nunca igualada, y con un trasfondo muy serio en torno al concepto de identidad y autoconocimiento. Ahora ya puedo leerles esto que he titulado

Alicia Marx,

o

El espejo de Dorian Gray

Estoy teniendo problemas con los espejos:

*de un tiempo a esta parte,
cada vez que quiero mirarme en uno,
se asoma del otro lado un viejo,
cegato y calvo,
que con destreza insólita
se planta frente a mí,
y me obstruye la visión.*

*He tratado de sorprenderlo
acercándome al espejo
sin previo aviso, intempestivamente,
desde ángulos insospechados,
a veces con celeridad relampagueante,
otras con movimientos cuasi estáticos,
tan pausados y pacientes
que puedo tardar horas sin fin
en llegar hasta el centro del recuadro.
Pero no logro esquivarlo;
siempre aparece,
con impecable precisión,
sin un segundo de retraso o adelanto,
ni un milímetro de desviación hacia algún lado.*

*Sé por supuesto qué pretende:
Quiere suplantarme, convertirse en mí.
Su designio, su propósito final,
es cruzar la frontera, atravesar la interfaz
y terminar por transformarme,
a mí,
en su imagen.
Por eso me acecha, me estudia,
y debo admitir,
aunque me duela y hiera mi vanidad
que, desde que comenzó su acoso,
ha aprendido con pasmosa habilidad
a duplicar sin falla mis gestos y movimientos,
sin omitir siquiera los detalles más sutiles.*

*Me inquieta sospechar que, por momentos,
está teniendo éxito.
Hay días en los que,
mientras camino a paso vivo por los pasillos
y subo de dos en dos (o tres en tres) los escalones,
casi puedo sentir su jadeo que me sigue,
y evito mirar por sobre mi hombro
para no verlo,
corto de aliento,
largo de peso,
tratando en vano de alcanzarme.
En esos momentos lo compadezco,
y casi entiendo y justifico
su envidia y su desesperación.*

*Pero no estoy dispuesto todavía
a consumir el trueque definitivo.
Le estoy dando largas,
demorando la decisión,
aunque se torne cada día más urgente.
Porque, francamente, no pienso consentir
a un intercambio tan radical e irreversible
hasta que sepa a ciencia cierta,
con absoluta y cristalina claridad,
si es verdad que del otro lado del espejo
está el país de las maravillas.*

Amigos todos, esta distinción que la Universidad Simón Bolívar me concede, esta distinción que emana de mis colegas y mis pares, esta distinción que me honra y me llena de humilde gratitud, esta distinción maravillosa me motiva, me alienta, me impulsa a permanecer de *este* lado, a creer que el fin de los tiempos aún no está cercano. Como dice el personaje interpretado por Robert De Niro en la película *Manuale d'amore: La vita non è quella che vivi, ma quella che vivirai*. Lo que hemos vivido es historia pasada, la vida es lo que está por venir.

Gracias a todos ustedes por honrarme con su compañía en esta ceremonia. Gracias a la profesora Aura López de Ramos, benévola oradora de orden, al profesor Oscar González, impecable maestro de ceremonias, al profesor Luis Loreto y la profesora Julia Guerra, escoltas de altura. Finalmente, mi agradecimiento enorme, inmenso, para mi esposa emérita y mis hijos, por quienes todo es posible y todo vale la pena.

¡Vivat academia!

Claudio Olivera Fuentes

6 de junio de 2014